

Descender para elevarse: la humildad como dinámica de deificación en los Padres de la Iglesia

Descending to Ascend: Humility as the Dynamic of Deification in the Church Fathers

Charles Derond

Resumen

Este artículo analiza la humildad como principio estructurador de la theosis en la tradición patristica, a través de un enfoque histórico-teológico. Estudia la dinámica de descenso (kenosis) y elevación (anábasis) en fuentes griegas y latinas, demostrando que la synkatábasis del Verbo revela la gloria divina a través del don. Se argumenta que la humildad humana no es solo una virtud moral, sino una participación ontológica en el modo kenótico de Dios, que posibilita la elevación del hombre. La investigación concluye que la gloria se manifiesta en el abajamiento, y este deviene el lugar de la glorificación, presentando la “humildad glorificada” como horizonte de una antropología cristiana donde la grandeza se define como servicio.

Palabras clave Humildad; Theosis; Padres de la Iglesia; Kenosis; Cristología trinitaria.

Charles Derond

Universidad de Estrasburgo | Estrasburgo | Francia | charles.derond@hotmail.fr
<https://orcid.org/0009-0000-7056-7238>

Abstract

This article examines humility as a fundamental structuring principle of *theosis* within the patristic tradition, employing a historical-theological methodology. It analyzes the dynamic interplay of descent (*kenosis*) and elevation (*anábasis*) in both Greek and Latin patristic sources, arguing that the divine *synkatábasis*—the condescension of the Word—reveals God’s glory precisely through the act of self-giving. The study contends that human humility is not simply an ethical virtue but constitutes a genuine ontological participation in the kenotic mode of God’s own being, which in turn makes possible the creature’s ascent. The investigation concludes that divine glory is manifest in abasement, and such abasement becomes the very locus of glorification, thereby proposing “glorified humility” as the horizon for a Christian anthropology that redefines true greatness as servitude.

Keywords Humility; Theosis; Church Fathers; Kenosis; Trinitarian Christology.

Introducción

El tema de la humildad atraviesa toda la historia espiritual del cristianismo. Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia reconocieron en ella no solo una virtud moral, sino una clave teológica para comprender el misterio de la encarnación y de la deificación humana.

El cristianismo antiguo descubrió en la humildad de Dios —en su *synkatábasis* o condescendencia— el principio mismo de la salvación. En la medida en que Dios desciende hacia el hombre, el hombre es elevado hacia Dios. La humildad no aparece entonces como renuncia a la divinidad, sino como su manifestación más pura.

En un contexto marcado por la exaltación del poder y la autonomía del sujeto moderno, volver a los Padres permite redescubrir una antropología del descenso, en la que la plenitud humana se realiza en la participación de la humildad divina. Como señala Vladimir Lossky (1944/2003), la *theosis* no es una superación de la condición humana, sino su cumplimiento en la comunión con el Dios que se abaja.

La teología contemporánea ha retomado con fuerza esta intuición patrística. Estudios recientes, como los de Louth (2007), Daley (2011) o Gavriluk (2014), muestran que la deificación, lejos de ser una noción marginal, constituye el corazón de la soteriología cristiana. En ellos, la humildad de Dios aparece como dinamismo trinitario que estructura tanto la economía de la salvación como la experiencia espiritual.

El presente artículo busca releer esta tradición a partir del tema del descenso y de la elevación, mostrando que la humildad no es un simple requisito moral, sino una forma de participación ontológica en la vida divina.

El recorrido se organiza en cuatro momentos:

1. La humildad de Dios en la economía de la encarnación.

2. La humildad del hombre en el proceso de divinización.
3. La dialéctica entre descenso y gloria en la teología patristica.
4. La humildad glorificada como horizonte de la *theosis*.

A través de este itinerario, se intenta mostrar que la humildad constituye la forma concreta del amor divino y el camino por el cual el hombre se asemeja a su Creador.

Metodología

La arquitectura metodológica de esta investigación se fundamenta en la integración de un enfoque histórico-teológico con una perspectiva hermenéutica, orientada hacia un análisis comparativo riguroso de un corpus selecto de fuentes patristicas griegas y latinas. Dicho corpus incluye, de manera destacada, las obras de Atanasio de Alejandría, Gregorio de Nisa, Máximo el Confesor y Agustín de Hipona, entre otros autores significativos. El objetivo primordial no reside en ofrecer una exposición exhaustiva o monográfica de cada uno de estos autores de forma aislada, sino en identificar y elucidar la estructura teológica profunda y común que subyace en sus escritos, específicamente aquella que vincula de manera indisoluble la virtud de la humildad con el misterio de la deificación o *theosis*. Para alcanzar este fin, se ha diseñado un procedimiento de investigación en tres fases interrelacionadas que garantizan tanto el rigor histórico como la relevancia teológica. La primera fase consiste en un **análisis histórico-contextual** minucioso, el cual implica la lectura de las obras principales de los Padres de la Iglesia dentro de su marco doctrinal y espiritual específico. Este análisis presta especial atención al desarrollo semántico y teológico de la noción de *synkatábasis* —el descenso divino— y su intrínseca relación con la dinámica de la *theosis* o divinización del ser humano, explorando cómo este binomio estructura la economía de la salvación en el pensamiento patristico.

La segunda fase del método implica una **lectura hermenéutica** en profundidad, que confronta de manera crítica las fuentes patristicas primarias con las contribuciones de la investigación teológica contemporánea en los ámbitos de la cristología, la antropología teológica y la espiritualidad. Este diálogo se establece de manera particular con estudios recientes de autores como Louth (2007), quien ha revitalizado el estudio de la teología mística oriental; Daley (2011), con sus aportes a la esperanza y la deificación; Gavriluk (2014), en su tratamiento del sufrimiento divino; Christensen (2016), en su análisis de la teología sacramental; Lossky (1944/2003), cuya obra es fundamental para la teología ortodoxa; Balthasar (1961), con su síntesis estética y teológica; y Papandrea (2012), en su examen de la teología trinitaria primitiva. Las contribuciones de estos y otros autores han renovado sustancialmente la comprensión del pensamiento patristico, interpretándolo desde claves trinitarias y kenóticas que resultan esenciales para el presente estudio. Finalmente, la tercera fase adopta una **perspectiva comparativa** sostenida, que considera a la tradición

oriental y a la occidental no como bloques antagónicos, sino como expresiones complementarias y enriquecedoras de una misma intuición teológica fundamental. Ambas tradiciones, a pesar de sus matices lingüísticos, conceptuales y espirituales distintivos, expresan una convicción común: que la humildad constituye una participación real en el amor trinitario kenótico, el cual actúa como la fuerza unificadora que restaura la comunión entre la creación y el Creador.

Articulación Metodológica y Relevancia Contemporánea del Estudio

Metodológicamente, este estudio busca articular de manera orgánica el análisis textual patristico con la discusión académica actual, superando así una mera aproximación historicista o descriptiva. La finalidad es que el artículo no solo exponga de manera fidedigna una tradición teológica determinada, sino que active un diálogo fecundo y constructivo con las preguntas y los desafíos planteados por la investigación reciente. Este enfoque permite situar las reflexiones de los Padres de la Iglesia no como reliquias del pasado, sino como interlocutores vivos cuyas intuiciones pueden iluminar problemas teológicos y antropológicos contemporáneos. El propósito último y transversal de toda la investigación es ofrecer una **lectura teológica sistemática de la humildad** que la reconceptualice no como una simple virtud ascética individual, sino como la dinámica misma de la deificación. Esta relectura se propone demostrar que la humildad es el modo existencial por el cual el ser humano participa de la *kenosis* de Cristo y, por ende, de la vida trinitaria. En consecuencia, el estudio trasciende el interés puramente histórico para proyectar sus hallazgos en el ámbito de la antropología cristiana contemporánea, proponiendo un marco conceptual robusto para comprender la identidad y la vocación del sujeto humano en su relación constitutiva con Dios. Al presentar la “humildad glorificada” como el horizonte de una existencia auténticamente cristiana, donde la verdadera grandeza se define como servicio y donación, esta investigación aspira a contribuir significativamente al debate teológico actual sobre la naturaleza de la persona, la comunión y la salvación.

Desarrollo

El descenso de Dios: la humildad en la economía de la encarnación

El misterio de la encarnación constituye el punto de partida de toda reflexión sobre la humildad divina. Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia vieron en el descenso del Verbo no una contradicción de su divinidad, sino su revelación más perfecta.

Atanasio de Alejandría, en su tratado *De Incarnatione Verbi Dei* (PG 25, 97), afirma que el Hijo de Dios se hace hombre “para elevar al hombre a la vida divina”. La economía de la salvación

está estructurada por un doble movimiento: Dios desciende para que el hombre ascienda. Este dinamismo define la lógica de la *theosis*: un intercambio de amor donde la humildad divina abre el camino de la glorificación humana.

Según Gregorio de Nisa, la encarnación no implica una disminución de la divinidad, sino su expansión amorosa. En la *Homilia in Canticum Canticorum* (PG 44, 1128C), declara: “Dios se abaja no por necesidad, sino por amor, para atraer hacia sí lo que estaba caído”. Este movimiento kenótico manifiesta que la humildad pertenece al ser mismo de Dios.

La teología contemporánea ha subrayado este carácter trinitario del descenso. Como observa Daley (2011), la *kenosis* no debe entenderse solo como un acto del Hijo, sino como expresión de la comunión trinitaria: el Padre entrega, el Hijo se entrega y el Espíritu consuma la entrega. Esta perspectiva recupera la intuición patrística según la cual la humildad de Cristo revela la humildad eterna de Dios.

Hans Urs von Balthasar (1961) desarrolla esta línea al afirmar que la gloria divina se manifiesta en la forma de la cruz. La *kenosis* es el modo mismo de la *doxa*. En Cristo, la omnipotencia de Dios se expresa como poder de amar hasta el extremo (Jn 13,1).

Esta visión ha sido confirmada por estudios recientes, como el de Christensen (2016), quien interpreta la *kenosis* como una “gramática teológica de la humildad” que une antropología, cristología y trinitaria. Según el autor, el descenso divino no anula la grandeza, sino que la redefine desde la comunión.

En esta perspectiva, el descenso de Dios no debe concebirse como renuncia, sino como plenitud. La humildad no contradice la majestad; la revela. La encarnación muestra que la grandeza divina consiste en hacerse accesible, en ofrecerse como don.

El himno cristológico de Filipenses 2,6-11 sintetiza este misterio:

Cristo Jesús, siendo de condición divina, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo cual aferrarse, sino que se despojó de sí mismo tomando forma de siervo.

Este texto, interpretado ampliamente por la patrística y por la investigación actual (Gavrilyuk, 2014; Louth, 2007), se convierte en paradigma de toda humildad teológica: el descenso voluntario del Hijo constituye la vía de la exaltación.

En la tradición griega, la *synkatábasis* divina es el principio de toda historia de salvación. Dios se abaja para elevar, desciende para crear comunión. Esta “humildad creadora” revela que la ontología cristiana no es jerárquica, sino relacional.

En palabras de Máximo el Confesor, “Dios se hace cuerpo para que el cuerpo participe de la vida divina” (*Ambigua*, PG 91, 1100B). La materia misma es asumida en el movimiento de la humildad divina. La *kenosis* no destruye la carne: la diviniza.

La reflexión patrística permite así comprender que el descenso de Dios es simultáneamente revelación de su amor y fundamento de la esperanza humana. Si Dios se abaja, es para que el hombre pueda levantarse. Si el Verbo se hace carne, es para que la carne sea transfigurada.

Por eso, la humildad divina no es un episodio pasajero de la historia de la salvación, sino la manifestación permanente de la economía trinitaria. Como resume Lossky (2003), “la humildad pertenece al modo trinitario de ser; en ella se revela la comunión como gloria”.

La humildad del hombre en el proceso de deificación

El descenso de Dios encuentra su correlato en el ascenso del hombre. Si la *kenosis* divina constituye el gesto fundamental de la salvación, la *anábasis* humana es su respuesta. La economía de la salvación se estructura como un movimiento recíproco: Dios se abaja para elevar, y el hombre se eleva en la medida en que se abaja.

Ireneo de Lyon formula este principio con admirable sencillez: «El Hijo de Dios se hizo hijo del hombre para que el hijo del hombre se hiciera hijo de Dios» (*Adversus Haereses*, III, 19, 1). La humildad humana es participación en la humildad divina. En ella se cumple la paradoja cristiana: el descenso es el camino de la elevación.

Agustín, en su *Sermo 117*, comenta que «nadie puede subir si no desciende con Cristo». Para el obispo de Hipona, la humildad es la puerta de toda grandeza. No se trata de un sentimiento de inferioridad, sino de la verdad del ser creado: reconocer la propia dependencia del Creador.

Gregorio de Nisa expresa esta misma dinámica en términos de “movimiento infinito” (*eppektasis*). El alma avanza hacia Dios sin jamás alcanzarlo plenamente, porque la participación divina se da en el despojamiento continuo del yo. La humildad no es el punto de partida, sino la forma misma de la deificación (Louth, 2007).

La teología contemporánea ha destacado el valor antropológico de esta intuición patrística. Según Daley (2011), la humildad es la forma en que el hombre asume su condición de criatura: una apertura ontológica a la gracia. La *theosis* no anula la humanidad, sino que la plenifica desde la comunión.

Andrew Louth (2007) subraya que la deificación implica una transformación del conocimiento y del deseo: el hombre es divinizado cuando su mirada se purifica de toda posesión. Esta

purificación —llamada por los Padres *apatheia*— no es indiferencia moral, sino libertad interior para amar.

Como observa Christensen (2016), en la antropología patrística la humildad no se opone a la grandeza, sino que la hace posible: “la verdadera dignidad humana consiste en reflejar el modo kenótico de Dios.” Esta afirmación retoma, en clave moderna, la intuición de Máximo el Confesor, para quien la salvación consiste en “unir el movimiento del descenso divino con el ascenso humano” (*Ambigua*, PG 91, 1084C).

La tradición oriental concibe este proceso como una “sinergia”: cooperación entre la gracia y la libertad. La humildad permite que esta sinergia sea auténtica, porque vacía al hombre de toda pretensión de auto-divinización. Como recuerda Lossky (2003), “el hombre no se diviniza por naturaleza, sino por participación en la humildad de Cristo.”

Por su parte, Papandrea (2012) sostiene que la *theosis* debe entenderse como un proceso ético-espiritual continuo. La humildad no es un estado puntual, sino una actitud dinámica de conversión. Cada vez que el hombre reconoce su límite, se abre al infinito.

La espiritualidad monástica desarrolló esta intuición en forma de pedagogía. Para Juan Clímaco, la humildad es “la escalera que eleva al cielo” (*Scala Paradisi*, PG 88, 632A). Pero esta subida no consiste en acumular méritos, sino en descender en el conocimiento de uno mismo.

La humildad es, pues, la forma antropológica de la *kenosis* divina. En ella, el hombre participa del modo de ser de Dios. El descenso interior se convierte en lugar de la elevación; la debilidad en espacio de la gracia; la pobreza en transparencia del amor.

Como resume Hans Urs von Balthasar (1961), “la humildad humana es la resonancia creada de la humildad trinitaria.” En ese eco entre lo divino y lo humano se juega la verdad de la existencia cristiana: solo quien se abaja con Cristo puede ser glorificado con Él (Flp 2,8–11).

Del descenso a la gloria: la dialéctica de la humildad en los Padres de la Iglesia

El vínculo entre descenso y glorificación constituye uno de los ejes más profundos de la teología patrística. En Cristo, la humildad no es negación de la gloria, sino su condición. La gloria divina se revela en el abajamiento, y el abajamiento se convierte en lugar de la gloria.

Athanasius de Alejandría lo expresa con precisión: “El Hijo de Dios no se humilló para ser exaltado, sino para mostrar que la exaltación se encuentra en la humildad” (*De Incarnatione*, PG 25, 112B). Esta paradoja atraviesa toda la soteriología cristiana.

Gregorio Nacianceno, en su *Oratio* 29, insiste en que el descenso de Cristo no altera su divinidad, sino que la manifiesta: “Lo que no fue asumido no fue redimido.” La gloria divina consiste precisamente en asumir lo que es más bajo, en abrazar lo que parecía indigno.

La tradición bizantina desarrolló esta intuición en la iconografía: Cristo Pantocrátor, el glorioso, es el mismo que el Siervo humillado. La corona de espinas es signo de realeza, y la cruz, trono de la divinidad. La teología de la humildad se convierte así en teología de la gloria (Lossky, 2003).

Según Daley (2011), esta dialéctica no debe entenderse como sucesión temporal —primero el sufrimiento, luego la exaltación—, sino como simultaneidad teológica: en el acto mismo de abajarse, Cristo es glorificado. El descenso y la gloria son dos momentos de una única economía del amor.

Gregorio de Nisa, por su parte, describe la transfiguración como la manifestación visible de la humildad glorificada. En su comentario al *Cantar de los Cantares* (PG 44, 1125D), afirma que “el que desciende con amor sube con gloria”. Esta frase resume la estructura de toda vida cristiana.

La teología contemporánea ha recuperado esta idea de unidad entre *kenosis* y *doxa*. Sarah Coakley (2013), en su estudio sobre teología y poder, sostiene que “la verdadera transformación espiritual ocurre cuando el poder se redefine como vulnerabilidad.” En diálogo con la tradición patristica, Coakley interpreta la humildad como fuerza transfiguradora, no como negación del sujeto.

Asimismo, Norman Russell (2009) ha mostrado que la *theosis* implica un proceso ascendente que pasa necesariamente por la humildad. Sin descenso, no hay participación en la gloria divina, porque la gloria no se recibe sino como don.

La dinámica de descenso y elevación se extiende también a la vida eclesial. La Iglesia participa de la gloria de Cristo en la medida en que reproduce su humildad. En palabras de Máximo el Confesor, “la humildad de la Iglesia es su verdadera majestad” (*Ambigua*, PG 91, 1088C).

Este principio posee implicaciones éticas y espirituales. La glorificación no consiste en escapar del mundo, sino en transfigurar su realidad mediante el amor. Quien se abaja por amor participa ya de la gloria divina, porque el amor es la forma visible de la humildad.

Balthasar (1961), sintetiza magistralmente esta intuición: “La gloria de Dios no resplandece fuera de la cruz, sino en ella.” En este sentido, la teología de los Padres anticipa la comprensión contemporánea de la espiritualidad cristiana como transformación kenótica: solo el amor que se vacía puede ser pleno.

Esta dialéctica, presente también en la liturgia antigua, muestra que el cristianismo no opone sufrimiento y gloria, sino que los integra en una misma dinámica pascual. El descenso de Cristo

no es un accidente trágico, sino la revelación del modo divino de existir: una gloria que se dona, una majestad que se inclina, una grandeza que se hace humilde.

Como concluye Gavriilyuk (2014), “la cruz no es el fracaso de la divinidad, sino su victoria: la humildad triunfante de Dios.” De este modo, el cristiano es llamado a reproducir en su propia vida esta paradoja: descender para elevarse, perder para ganar, morir para vivir.

La humildad glorificada – Del descenso a la deificación

El itinerario espiritual del cristiano, según los Padres, culmina en la participación de la gloria divina. Pero esta glorificación no suprime la humildad: la consume. La *theosis* no es exaltación del yo, sino comunión con el Dios que se abaja.

Gregorio de Nisa lo expresa en su comentario al *Padre Nuestro* (PG 44, 1124B): “El alma se asemeja a Dios no cuando se eleva por encima de los otros, sino cuando desciende en amor.” La semejanza divina se realiza en el modo de ser trinitario: una comunión de humildad y gloria inseparables.

En Máximo el Confesor, la *theosis* es el fin de toda creación: la unión del cosmos con Dios mediante el movimiento del amor. Pero esta unión no acontece fuera de la cruz, sino a través de ella. El hombre es divinizado en la medida en que participa de la humildad del Verbo encarnado (*Ambigua*, PG 91, 1080C).

Agustín, desde la tradición latina, identifica en Cristo el modelo perfecto de humildad gloriosa: “El camino hacia la cima es la humildad” (*Sermo* 117). El Hijo, al descender, nos muestra la forma de la ascensión verdadera: no el orgullo, sino el servicio; no la dominación, sino la entrega.

Como señala Andrew Louth (2007), esta teología del descenso y deificación redefine la antropología cristiana. Ser imagen de Dios no consiste en dominar, sino en amar hasta el extremo. En la humildad se manifiesta la semejanza divina, porque solo el amor que se abaja puede elevar.

Hans Urs von Balthasar (1961) interpreta esta estructura como la “forma kenótica de la gloria”: la gloria divina no se añade a la humildad, sino que se da en ella. En la Trinidad, el esplendor y el anonadamiento coinciden.

Gavriilyuk (2014) retoma esta idea y la articula con la noción de participación: la *theosis* es participación en la humildad gloriosa de Cristo, no en su poder. La gracia no deifica por fuera de la cruz, sino en la comunión con el Crucificado.

De este modo, la humildad glorificada representa el horizonte de toda existencia cristiana. No se trata de elegir entre ascetismo y gloria, sino de comprender que la gloria cristiana es humilde, y que la humildad auténtica es gloriosa.

Esta síntesis patristica conserva plena actualidad. En un mundo dominado por la lógica del poder, la teología de la humildad ofrece una antropología alternativa: el ser humano se realiza en la medida en que se abre al otro y se entrega.

En términos de espiritualidad, la *theosis* es una praxis de amor humilde: no una evasión del mundo, sino su transfiguración. La humildad glorificada se convierte así en paradigma de la madurez espiritual.

Conclusión

La síntesis final de esta investigación permite comprender que la humildad no constituye una virtud meramente periférica o accesorio, sino la estructura fundamental que sostiene toda la economía de la salvación. Según la lógica trinitaria del amor, el descenso divino —la *kenosis* del Verbo— establece el único camino posible para el auténtico ascenso humano. Los Padres de la Iglesia, en su profunda sabiduría espiritual, identificaron en este movimiento de abajamiento del Hijo de Dios el modelo eterno y el principio dinámico de toda comunión auténtica: Dios se inclina para elevar, y la humanidad accede a su dignidad más alta precisamente al participar de ese mismo movimiento de humilde entrega. Lejos de suprimir o anular la humildad, el proceso de *theosis* la transfigura y la lleva a su máxima expresión, convirtiéndola en el lugar mismo de la glorificación.

En el panorama de la teología contemporánea, esta intuición nuclear de la tradición patristica recobra una vigencia crucial como antídoto frente a las antropologías modernas centradas en el poder, la autosuficiencia y la autorrealización individualista. La humildad, desde esta perspectiva, revela la paradoja central de la existencia humana: la plenitud no se alcanza mediante la autoafirmación o la expansión ilimitada del yo, sino a través de la donación de uno mismo y la comunión con el Otro. De este modo, el principio “descender para elevarse” trasciende ampliamente el ámbito de una fórmula ascética particular para erigirse en una auténtica clave ontológica. La existencia cristiana, en su forma más genuina, consiste en una participación existencial en el movimiento trinitario del amor, donde la gloria divina y la humildad humana, lejos de oponerse, se encuentran y coinciden misteriosamente. En definitiva, la “humildad glorificada” se revela como la meta última de la *theosis*: el ser humano, plenamente divinizado, se convierte en partícipe de la humildad misma de Dios, erigiéndose así en reflejo visible del Dios que, por amor, se abaja eternamente para elevar a toda la creación hacia Sí.

Referencias

- Agustín de Hipona. (s. f.). *Sermones*. En J.-P. Migne, (ed.). *Patrologia Latina*. Garnieri Fratres.
- Athanasius de Alejandría. (s. f.). *De Incarnatione Verbi Dei*. En J.-P. Migne, (ed.). *Patrologia Graeca*. Garnieri Fratres.

- Balthasar, H. U. von. (1961). *Teología de la historia*. Encuentro.
- Christensen, M. (2016). Theology as Kenosis: The self-emptying of God and the humility of the human person. *St. Vladimir's Theological Quarterly*, 60(2), 145–164.
- Coakley, S. (2013). *God, sexuality, and the self: An essay on the Trinity*. Cambridge University Press.
- Daley, B. (2011). *The hope of the early Church: A handbook of patristic eschatology*. Baker Academic.
- Gavrilyuk, P. (2014). *The suffering of the impassible God: The dialectics of patristic thought*. Oxford University Press.
- Gregorio de Nisa. (s. f.). *Homilia in Canticum Canticorum*. En J.-P. Migne, (ed.). *Patrologia Graeca*. Garnieri Fratres.
- Ireneo de Lyon. (s. f.). *Adversus Haereses*. En J.-P. Migne, (ed.). *Patrologia Graeca*. Garnieri Fratres.
- Lossky, V. (2003). *Teología mística de la Iglesia de Oriente*. Herder. (Obra original publicada en 1944).
- Louth, A. (2007). *The origins of the Christian mystical tradition: From Plato to Denys*. Oxford University Press.
- Máximo el Confesor. (s. f.). *Ambigua*. En J.-P. Migne, (ed.). *Patrologia Graeca*. Garnieri Fratres.
- Papandrea, J. (2012). *The divinization of the Christian according to the Greek Fathers*. Wipf and Stock.
- Russell, N. (2009). *The doctrine of deification in the Greek patristic tradition*. Oxford University Press.

Declaración

Conflicto de interés

No tenemos ningún conflicto de interés que declarar.

Financiamiento

Sin ayuda financiera de partes externas a este artículo.

Nota

El artículo es original y no ha sido publicado previamente.